

de los demás discursos de felicitación que las otras asociaciones y cuerpos dirigieron á S. S. Illma. en tales días. Tampoco pudimos adquirir, fuera de los dos que siguen, los de tantas manifestaciones de fuera que por escrito llegaron á manos de S. S. Illma., de la mayor parte de las Parroquias foráneas y de las poblaciones de la Diócesis.

ILLMO. Y RMO. SEÑOR:

El Párroco de Sayula, los Sacerdotes y feligreses de aquella ciudad, enviamos á V. S. Illma. nuestras felicitaciones por conmemorarse hoy el quincuagésimo-aniversario de vuestra ordenación.

Esta felicitación deseamos llegue á las manos de nuestro querido Padre y Pastor, y que por lo mismo vea la manifestación de cariño que altamente le profesamos, como también, que ella, aunque pobre y desaliñada, se una á las que hoy deben darle todos sus hijos.

Muy justo es, Illmo. Señor, que los que os estiman y respetan, traten de celebrar con magnificencia, vuestro Jubileo Sacerdotal; acto, que sin duda es una de vuestras principales glorias. Y, nosotros comprendiendo el valor de ella, la celebramos con mil aplausos, siendo esto para nosotros un acto de deber. Vuestra sola dignidad de Obispo, á la que hace treinta y seis años, habeis ascendido, os recomienda altamente, para ser amado y obedecido; y estos motivos de respeto son mayores, cuando Vos sois nuestro Pastor. Por cuyo motivo es nuestro deber amaros con más amor, y obedeceros con más fidelidad. Por tanto Illmo. Señor, si el día de hoy os felicitamos, y si en este día de vuestro Jubileo hacemos mérito de vuestras glorias, lo hacemos en fuerza de nuestro propio deber.

Illmo. Señor, al protestaros obediencia y al teneros amor y respeto, atendemos tanto á vuestros méritos personales, como á la misión divina que ejercéis como Obispo en la Iglesia de Dios; y este respeto crece más cuando de un modo admirable están cumpliéndose en cada uno de los

obispos, las promesas que Jesucristo hizo á sus apóstoles: "Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos." Nos mueven igualmente á manifestaros nuestro amor y respetos, estas otras palabras del divino Salvador: "Yo bendeciré á los que os bendigan."

Vuestra misión Episcopal, es idéntica á la de los Apóstoles, misión divina, que cada día es más necesaria en el mundo, y sin la que hubiera sido imposible que la doctrina de Jesucristo, se hubiera sostenido por espacio de diez y nueve siglos: porque atacada constantemente por tantos errores é impiedades, solo á los obispos que están sostenidos por tal autoridad, corresponde defenderla; y hé aquí porqué en ellos se ha estrellado siempre, como en rocas y columnas inexpugnables, el error, defendiendo ellos con firmeza el edificio de la Iglesia Santa.

Sí, Illmo. Señor, muchos son los considerandos que tenemos para daros en este día mil plácemes, para felicitaros en la efusión de nuestro corazón, para asociarnos al regocijo que hoy debe haber en todos vuestros hijos, y para tributar al Señor fervientes gracias, porque ha concedido á nuestro Illmo. Prelado que vea este día que señala el quincuagésimo aniversario de su ordenación.

Illmo. Señor, terminamos nuestra felicitación dándoos mil plácemes, alegrándonos de vuestra dicha, deseando que Dios os dé fortaleza y os anime en los trabajos que todavía fatiguen vuestra laboriosa vida. Que los consuelos espirituales, os alienten hasta olvidar vuestras amargas penas, sin dejar por eso de conquistar para vuestra alma, una corona de gloria.

Por último, Illmo. Señor, os suplicamos, que al ofrecer de nuevo en este día el santo sacrificio de la Misa, roguéis al Señor por nosotros, y deis vuestra paternal bendición, á los que en él os felicitamos.—Sayula, Marzo 19 de 1888.

Siguen las firmas.

DEL VECINDARIO DE SAYULA.

¡Día 19 de Marzo de 1888: la Iglesia

de Guadalajara te saluda con toda la efusión de su alma, y eleva humilde sus más fervorosas oraciones á Dios, Padre de las misericordias, en acción de gracias porque en su bondad inmensa dispuso que vieras la Sagrada ordenación de un humilde Eclesiástico, que treinta años más tarde, fuera elevado á la suprema dignidad de su segundo Arzobispo!

Día 19 de Marzo de 1888: ¡La Iglesia de Guadalajara llena del mayor júbilo, hoy que tan Venerable Prelado, cargado de años y de merecimientos, llega á su Jubileo Sacerdotal, y celebra sus Bodas de Oro, llena del más puro entusiasmo, se postra rendidamente dando á Dios, Supremo dispensador de todo bien, las más fervientes gracias porque dispuso, que el humilde Sacerdote, que viste acercarse por primera vez á los Altares, hoy rija sus destinos y la encamine por el seguro sendero!

¡Año de 1888: verdaderamente tú fuiste dichoso! Al comenzar, presenciaste la primera misa del humilde Presbítero Joaquín Pecci, que al cumplir su quincuagésimo aniversario, es el sucesor de Pedro, el Vicario de Jesucristo sobre la tierra; y el 19 de Marzo, viste la del humilde Eclesiástico Pedro Loza que al cumplir su Jubileo Sacerdotal, es el sucesor de los apóstoles, y representante de Tomás, aquel discípulo bendito, que tuvo la inmensa dicha de meter sus dedos en las Sacratísimas llagas de Nuestro Señor Jesucristo, y quien según una antigua y piadosa tradición, fué el Apóstol á quien tocara evangelizar á México.

La Iglesia de Guadalajara está hoy de pláceme, y llena de alegría, celebra las Bodas de Oro de su Pastor. La Iglesia de Guadalajara, llena de gratitud, eleva á Dios sus oraciones para darle las más rendidas gracias porque en su bondad inmensa, le concediera un Prelado tan benemérito, y pide humildemente á la Majestad Divina se lo conserve por largos años.

La feliz coincidencia de que en el año de 1888 se hayan acercado por primera

vez á los altares para ofrecer la Víctima Inmaculada, nuestro Santísimo Padre el Señor León XIII, y nuestro Illmo. Prelado el Sr. Loza, no puede ser casual. Nó; la Providencia que prometió estar siempre con su Iglesia hasta la consumación de los siglos; desde el año de 1838, que, llena de bondad elevara al Sagrado Sacerdocio, á tan Santos Varones, los destinó á las Jerarquías Supremas que hoy ocupan, para que enjugaran las lágrimas de su amada Esposa. León fué elegido para sustituir á Pio, y Pedro para reemplazar á otro Pedro, tan digno y tan benemérito como él, y á quien Dios en su misericordia, concedió por primer Arzobispo á esta Iglesia Metropolitana. No; esa feliz coincidencia no es casual. Es que Dios, al disponer la sagrada Ordenación del jóven y virtuoso Pedro Loza, dijo: "Yo me proveeré de un Sacerdote fiel, que obre según mi corazón. Y este digno Sacerdote fué calzado sobre el modelo del santo Joaquín Pecci, elevado algunos meses ántes á la dignidad sacerdotal, y á quien, al llamar Dios á Sí, al inolvidable é inmortal Pio IX, se dignó exaltar al Sacro Solio Pontificio, para que bajo el nombre de León XIII, enjugara las lágrimas de la Santa Iglesia universal, é hiciera frente á las grandes calamidades por que atraviesa; y de la misma manera, en la penosa viudedad que experimentara la Iglesia de Guadalajara, por el fallecimiento de su muy digno primer Arzobispo, se sirvió elevar á tan alta dignidad al Illmo. Sr. Loza, dotándolo de los dones de su Santo Espíritu, á fin de que pudiera hacer frente á la tormenta deshecha por que atravesaba la Mística Nave, y coadyuvara con el Egregio León, á tan santo objeto. Hay todavía una cosa muy rara, y que llama profundamente la atención entre los dos insignes personajes de que nos venimos ocupando, y es la muy notable semejanza y parecido tan perfecto que se observa entre los retratos del Santo Padre León XIII y de nuestro queridísimo Prelado, tanto, que aun los más ajenos al divino arte de la pintura, se asombran y creen que los retratos del

se nos manifiestan el poder y la gloria del Santo Rey David, como efectos de la acción especial de la verdad y de la misericordia divina. Pero David, en esto, fué un bosquejo de N. S. Jesucristo y de su Reino; fué una figura de los santos que han tenido una misión trascendental en el Cristianismo, y señaladamente de Señor San José en sus relaciones con la Iglesia, en la época contemporánea.

Imploremos el auxilio de la gracia divina, por la intercesión de la Santísima Virgen María, saludándola llenos de respeto y de amor filial. *Ave María.*

## I.

Nuestro Señor Jesucristo es el centro del Plan Divino y el Tipo y la Medida de toda verdadera grandeza. Por tanto, á proporción que las personas se aproximan más al Divino Salvador y tienen relaciones más íntimas con El, mayor es su perfección, su poder y su gloria. Así es que los héroes en el orden natural, sabios, artistas, guerreros . . . . . deben inclinarse reverentes ante los héroes del orden de la gracia; ¡los santos! siendo entre estos más perfectos aquellos cuya misión providencial se relaciona con la Unión Hipostática, con el Misterio de la Encarnación. Por esto en el gran cuadro de las glorias del Cristianismo aparece en primer término la Santísima Virgen María, verdadera Madre de Dios. Después, se destaca la noble y grandiosa figura de Señor San José, *Padre Estimativo* y *Legai* de N. S. Jesucristo, y por tanto representante del Padre celestial, y *Esposo* de la Virgen Purísima, y por tanto, representante del Espíritu Santo. Ah! ¿Cómo atrevernos á fijar nuestras miradas en ese conjunto de misterios? Pongamos el velo del respeto y del amor sobre tan inefables grandezas, y fijémosnos en examinar las relaciones del Santo Patriarca con la Cristiandad.

Aunque Señor San José, desde que comenzó á realizar su misión providencial, fué enriquecido por el Ser Supremo con valiosas prerogativas, y se presentó lleno de grandeza ante el cielo; sin embar-

go, sus esplendores de gloria estaban, en parte, velados para el mundo, y debían descubrirse en el desarrollo histórico del Cristianismo, para iluminar y embellecer el campo bendito de la civilización. Los Santos Padres de los primeros siglos fijaron principalmente su atención en defender, afirmar y desenvolver los dogmas de la Divinidad de Jesucristo y de la Maternidad divina de la Santísima Virgen. Así lo exigían las circunstancias especiales de aquellos tiempos. Así es que solo hablaban del Patriarca Venerable, aunque siempre con profundo respeto y elogiándolo, incidentalmente, al exponer los misterios con él relacionados. Pero, desde la Edad Media, comienzan á manifestarse en su magnífica grandeza las glorias de Señor San José, cumpliéndose desde esa época hasta nuestros días, de un modo especial, aquellos dos grandes pensamientos proféticos que se aplican al Santo Patriarca de Nazaret: "*Hijo que crece José, hijo que crece y de hermoso aspecto*" "*El varón fiel será muy elogiado, y el que es guardián de su Señor será glorificado.*"

Véamos el cumplimiento de esas magníficas profecías.—S. Bernardo y S. Buena-ventura hablan ya explícitamente de la bondad y de las prerogativas de Señor San José; el genio de Sto. Tomás mide la grandeza de nuestro Santo por su proximidad á N. S. Jesucristo, y deduce de esa grandeza la universalidad de su poder; Suarez, el profundo filósofo, afirma que ningún santo, después de la Purísima María, ha participado en tan alto grado de la gracia de Jesucristo; Gerson publica en el Concilio de Constanza las grandezas y las glorias del ilustre héroe cristiano; el gran Bossuet le dedica las primicias de su colosal talento y de su elocuentísima palabra; y . . . la mayor parte de los santos y de los sabios y de los artistas, al pasar por el tiempo, han modulado el himno de las grandezas y de las glorias de Señor San José.—Pero reservado estaba para este siglo, tan fecundo en grandes acontecimientos, presenciar la glorificación de Señor San José en sus relaciones con el

mundo, llevada á cabo por el inmortal Pontífice de María.

El 8 de Diciembre de 1870 se verificó un acontecimiento de profunda y trascendental significación en los destinos del Catolicismo: el dulce Pio IX declaró á Señor San José Patrono de la Iglesia. Es necesario atender á las circunstancias para medir la grandeza de este hecho. Cuando más terrible soplaban el huracán de la impiedad y de las pasiones; cuando con crueldad inusitada se perseguía á la Iglesia Santa; cuando las sociedades secretas trataban de aturdir al mundo para que no escuchara ya las celestiales armonías de la *verdad divina*, el Gran Pontífice, hundiendo su mirada en el Plan divino, y examinando las grandes necesidades del mundo, y los destinos del Catolicismo, y la misión providencial, las grandezas y el poder de Señor San José; relacionando todas esas ideas, dijo á la Cristiandad: "*Id á José; á él constituye el Ser Supremo Patrono de su casa que es la Iglesia*" . . . . . El mundo católico recibe con júbilo inmenso esa declaración y hace resonar un himno de magnífica gloria al Patron Insigne y al Pontífice de José, y en el cielo hermoso del Cristianismo aparece en todo su esplendor la grandeza y la gloria del *pobre artesano de Nazaret*. Así, señores, se verifica que el poder de Señor San José es ensalzado en el Nombre de Dios; que ese poder cubre el mar y los ríos, esto es la Iglesia y las distintas secciones que á ella pertenecen, y que juntamente con ese poder se concedan al mundo auxilios especiales de la verdad y de la misericordia divina. *Veritas mea, et misericordia mea cum ipso: et in nomine meo exaltabitur cornu ejus. Et ponam in mari manum ejus: et in fluminibus dexteram ejus.*

Dirigiendo una mirada, aunque sea rápidamente, al solemne movimiento vital de la Iglesia en los últimos años, se comprenderá el modo grandioso con que Señor San José ha cumplido su misión. Yo no dudo, señores, atribuir ese efecto al Patronato del Santo Patriarca, porque los grandes hechos providenciales que se

refieren á la Iglesia, constituida Maestra de las humanas sociedades para conducir las por el camino de la verdadera grandeza y de la gloria, manifiestan con clarísima certidumbre la voluntad divina; y la santa voluntad de Dios en ese acontecimiento es, á la vez que glorificar al *Padre Estimativo* de N. S. Jesucristo, presentar su gran poder como el elemento adecuado para remediar tantos males de la época contemporánea, y para curar grandes y múltiples infortunios. Observemos brevemente ese movimiento vital de la Iglesia en nuestros días.

Cuando el gran Pio IX subió á su tumba de gloria, —hay sepulcros, señores, á los cuales no se desciende, se sube,— la incredulidad se preparaba á celebrar sobre las ruinas del Pontificado las fiestas de su pretendido triunfo. ¡Insensata pretensión! ¡Dios no muere! ¡El Pontificado es indestructible! ¡Señor San José está ahí, para cumplir su noble misión!—No entre ruinas, sino entre esplendores de grandeza aparece la solemne figura del Sr. Leon XIII que tantos días de gloria purísima ha dado á la Iglesia, y que ha iluminado al mundo con manifestaciones especiales de la *verdad* y de la *misericordia* divinas. Admirable es la expansión que en nuestros días ha tenido la doctrina católica; grandioso el prestigio de la autoridad Pontificia y de su poder moral; espléndida la aureola de ciencia que circunda al gran Pontífice. Se ha pasado del desdén á la atención, de esta al respeto y á la admiración hasta en el campo anticatólico; y hasta el más santo y caluroso entusiasmo en el campo bendito del Catolicismo. Aún las naciones indiferentes é infieles se han acercado al Vaticano, para escuchar las conmovedoras armonías de la civilización cristiana.—Ha habido luchas, señores, porque esta es nuestra condición terrestre; pero cada lucha ha sido un triunfo; y el Pontificado, lleno de grandeza, se presenta como el gran principio y la suprema autoridad del derecho internacional, y su acción vale más, mucho más, que el llamado equilibrio europeo. Mirad.—Raudales de luz brotan de la San-

ta Sede para iluminar á las sociedades humanas. Escuchad. Torrentes de armonías celestiales emanan de allí para llenarlas de encantos y de vida; y del mundo entero se levanta un concierto universal de alabanza y de amor al gran Pontífice. Las muchedumbres, con motivo de la fiesta jubilar del Sr. Leon XIII, se dirigen en movimiento santo é impetuoso á la Metrópoli del mundo; sería más fácil, señores, encadenar los rayos del Sol, que contener ese movimiento producido por la convicción más íntima y profunda, la de la fé; por el amor más noble y enérgico, el amor cristiano! Hé aquí lo que ha hecho Sr. San José en la Iglesia. ¡Con razon la corona que se ofrece ante sus altares, está formada por los Pontífices, por los santos, por los sabios y artistas cristianos, con laureles recogidos en los jardines del cielo y en los amenos campos de la Religión! *Et in nomine meo exaltabitur cornu ejus.*

¡Gloria, hosanna al Patrono insigne de la Iglesia!

## II.

En esa acción solemne de Sr. San José el principal instrumento han sido el Romano Pontífice y los Obispos, puestos por Dios para regir la Iglesia, para dirigir la enseñanza de la fé y vivificar á los pueblos con la misericordia divina. Por esto, señores, las grandezas y las glorias del Santo Patriarca, como Patrono de la Iglesia, se reflejan en el Jerarca Supremo y en los Venerables Prelados que vivifican los corazones con los santos amores y encantos purísimos de la caridad. Segun el gran pensamiento de un ilustre orador, que es una de las glorias de nuestro siglo, "el sacerdocio cristiano es un ministerio de amor;" pues bien, cuando ese ministerio se ejerce desde las alturas del Pontificado, ese amor es más grande, más bello, más benéfico y refleja con mayor intensidad las grandezas de Jesucristo. Por esto los pueblos deben respeto, amor y obediencia á los Venerables Prelados, y conviene que manifiesten esos sentimientos y afectos, principalmente en los momen-

tos solemnes de la vida: uno de esos momentos es la celebración del *Jubileo Sacerdotal*.

¡Qué bella y solemne aparece la acción del Episcopado católico en el desarrollo histórico de las sociedades! En la época que atravesamos, en cada grey se puede contemplar la acción de ese gran movimiento vital de la Iglesia y de la protección de Sr. San José. Pero yo quiero observarla solo en esta Arquidiócesis: quiero así examinar entre nosotros la grandeza y la gloria y el poder del Santo Patriarca, al traves de la acción religiosa del Venerable Prelado que rige nuestros destinos; quiero también satisfacer á las exigencias de nuestros corazones de hijos. Vosotros bien sabeis que el corazón en sus manifestaciones espontáneas y legítimas no se sujeta á las reglas comunes; se impone de un modo irresistible, y es forzoso obedecerlo. Sin embargo, como debemos respetar á nuestro amado Pastor, es necesario no lastimar su modestia. Por esto voy á prescindir de sus cualidades personales por grandes que ellas sean; voy á fijar mis miradas en los altos principios que representa. Así, señores, correspondere á vuestras aspiraciones; de este modo interpretaré vuestro grande y espontáneo entusiasmo; y nuestros cánticos de gloria y la santa alegría que yo veo brotar de todos los semblantes, significarán, en último análisis, una manifestación de nuestras creencias; un homenaje á la Autoridad Episcopal; un himno de gratitud á la Providencia y de gloria á Sr. San José; una oración de alabanza para dar gracias al Todopoderoso, por el cincuentenario sacerdotal de un Ministro del Señor, por cuya acción hemos recibido abundantes y valiosos beneficios.

Uno de los grandes bienes que la Providencia ha concedido á esta Arquidiócesis es darle Prelados cuyas cualidades han correspondido á las necesidades de los tiempos en que han vivido. Si yo pudiera, señores, os presentaría la serie de todos nuestros Pastores, y, al contemplarla exclamaríais: "¡Es verdad! ellos son los Padres de la civilización jalisciense!

Pero, no siéndome posible hacer esto, me limitaré á hablar de los Ilustres Prelados que desde el último tercio del siglo pasado hasta ahora han ocupado esta Sede. Quisiera, señores, tener poder para reanimar sus venerandas cenizas; estoy seguro que ellos nos acompañarían con gusto y satisfacción en la presente solemnidad; pero ya que no tengo ese poder, presentaré ante vosotros sus figuras históricas.

Aparezca en primer término la sublime personalidad de un *apóstol* de la caridad, D. Fr. Antonio Alcalde: ese nombre querido y venerado significa, señores, un mundo de grandezas, una civilización magnífica. Los tesoros de amor cristiano que brotaron del rico y grande corazón del santo Prelado, fertilizaron, llenándola de belleza, esta porción de la Viña del Señor; el espíritu caritativo, hasta el heroísmo, del que en esta capital fué el *padre de los pobres*, palpita allí en ese Hospital de S. Miguel, que es un grandioso monumento; los esplendores de su ferviente piedad se contemplan allí, en el Santuario de nuestra Madre Santísima de Guadalupe. ¡La generación que había de pasar por tremenda guerra y que debía resistir el movimiento anticatólico que partiría de la Revolución Francesa, era necesario que desde la cuna escuchara los celestiales cánticos de la caridad y las sublimes armonías del amor de la Santísima Virgen!

Se presenta despues la notable figura del Illmo. Sr. Dr. D. Juan Ruiz de Cabañas: tuvo que dirigir esta nave en el agitado mar de la guerra de independencia. En aquellas difíciles circunstancias gobernó prudentemente, y, siguiendo las huellas de su Insigne Predecesor, levantó un monumento de caridad, el Hospicio ó Casa de Misericordia; y fundó un Colegio que, segun su intención, debía servir para formar misioneros.

Pasado el *interegno*, ilustró esta Sede, en la que apareció un instante, pero *"fál-gido como un meteoro"*, el sabio Obispo Sr. Dr. D. Miguel Gordoá, que se atrajo las simpatías de todos por sus relevantes cualidades.

Aparece luego, en una época de reorganización, el *prudente, enérgico y caritativo* Sr. Dr. D. Diego Aranda. Su ilustrada piedad se ha perpetuado en dos grandiosos monumentos de religion y de arte, el Sagrario y el templo del Hospicio.

Despues se presenta, rodeado de glorioso prestigio, el *primer* Illmo. Arzobispo de esta Metrópoli, Sr. Dr. D. Pedro Espinosa. Sabio y virtuosísimo, fué entre nosotros el apologista, el defensor de la Religion, en la época del terrible choque de las ideas. Sus obras científico-religiosas son uno de los más valiosos monumentos de nuestra civilización. . . .

¡Bendita sea la memoria de esos Ilustres Prelados!

Pues bien, señores, esta sociedad, en la que viven esas santas tradiciones y esos dulces recuerdos, se entusiasma con motivo del Jubileo Sacerdotal del segundo Señor Arzobispo de esta Arquidiócesis. La ciudad afortunada, en cuyos monumentos palpitan la sabiduría, la caridad y la piedad de aquellos Varones insignes, aparece ahora engalanada; y esta Grey, gobernada por tan Ilustres Pastores, modula conmovida el himno de la gratitud, del amor, de la alabanza.

Ah! ¡sin duda que en el pontificado de veinte años de nuestro actual Pastor, la Divina Providencia ha concedido abundantes beneficios! Así es, señores; y yo no dudo relacionar esos efectos, que rápidamente vamos á examinar, con Señor San José, como Patrono de la Iglesia; porque nosotros constituimos una de las familias que forman la Cristiandad, una de los rios de que nos habla el texto sagrado: *et ponam in fluminibus dexteram ejus.* No vacilo en relacionar á Señor San José con los sucesos de esta Nación, porque el Concilio III Mexicano lo declaró Patrono de mi Patria.

Con pena profunda se recuerda, señores, la época de la guerra de tres años y de la Intervencion; porque el país fué regado con sangre de hermanos y porque resultaron muchas ruinas en el órden moral y material. ¡Cuántas lágrimas é infortunios causó ese formidable choque de

Vicario de Jesucristo, no son sino del Señor Arzobispo de Cuadalajara.

Si nos propusieramos enumerar una á una todas las cualidades que adornan á nuestro muy querido Padre, el Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Pedro Loza, sería tarea larga. Aunque sea muy someramente, hablaremos solo de sus últimos años, esto es, desde que por disposición divina, empuñara las riendas del gobierno de la Arquidiócesis de Cuadalajara.

Muy al principio del año de 1868, el Santo Padre dispuso la traslación del Ilustre Prelado de Sonora á esta Metrópoli de Cuadalajara; y aunque su profunda humildad sufrió mucho con tal exaltación, obediente siempre al Vicario de Nuestro Señor Jesucristo, emprendió lleno de lágrimas el camino á su nueva Sede, dejando sumidos en el más profundo desconsuelo, á sus antiguos y queridos diocesanos, que justamente lamentaban la pérdida de tan buen Padre.

Una vez tomada posesión de su nueva Silla, ¡cuánta prudencia desplegó, y que bondad tan grande empleó para dirigir su nuevo gobierno pastoral. . . .!

No es del caso entrar aquí en detalles ajenos al objeto: baste decir que á poco de su arribo, tuvo que emprender un largo y penoso viaje á la Capital del mundo cristiano para asistir y tomar asiento entre los Padres del Santo Concilio Eucuménico Vaticano; que vuelto de Roma, emprendió la Santa Visita Pastoral de toda la Arquidiócesis, cabalgando por caminos ásperos y agrestes entre grandes privaciones y por pueblos remotos que nunca habían recibido tal beneficio; que durante la misma Santa Visita, no se desdenó de escuchar la confesión sacramental de algunos de sus diocesanos; que lleno de bondad, bendijo el matrimonio de otro de sus súbditos, á quien cariñosamente llamó su ahijado; que lleno de humildad administró la Sagrada Comunión aun á los más pobres y desvalidos; que generosamente dividió las oblações que los fieles le ofrecieron al recibir de su mano el Sacramento de la Confirmación, entre las Iglesias pobres, y los gas-

tos de su Visita, no queriendo ser gravoso á persona alguna; que como el Buen Pastor estuvo siempre dispuesto á correr en busca de la oveja perdida; que lleno de bondad recibió y dió audiencia siempre que cualesquiera por pobre que fuera la solicitaba, y lo recibía con las maneras amables y modales finos y distinguidos que caracterizan á personas de educación esmerada, y emplea un buen Padre con sus hijos. En fin, es humilde, sóbrio, franco, leal, caritativo, recto, prudente, justo, sincero, y está adornado de cualidades tales, que con razón todos sus diocesanos lo amamos entrañablemente, y con razón estamos de pláceme hoy que se celebra su Jubileo Sacerdotal.

Tal es á grandes rasgos el retrato del Egregio Prelado que actualmente gobierna la Iglesia de Cuadalajara, cuyas Bodas de Oro se celebran hoy, y á quien todos sus hijos, llenos del más puro entusiasmo, felicitamos cordialmente, pidiéndole eleve sus oraciones en nuestro fayor, para que Dios se sirva derramar sobre nosotros sus santísimas bendiciones. Tal es el amante Padre á quien hoy, que es el día más solemne de su vida, y que encierra para su respetable persona tantos recuerdos de felicidad, le mandamos nuestros corazones y nuestros fervientes votos para que la Divina Magestad, haciendo un uso extraordinario de su bondad, le conserve todavía muy largos años la interesante vida para bien de sus hijos y de la Santa Iglesia Metropolitana de Cuadalajara, su tierna esposa. Tal es en fin el Insigne Sacerdote á quien en medio de la efusión de nuestros corazones, agradecidos á los inmensos favores que de él hemos recibido, y en quien admiramos tantas virtudes, y bondad tanta, pedimos á Dios, Supremo Juez de vivos y muertos, se digne favorecerlo en todo, y como muy merecido premio á la constante abnegación y sacrificios de que siempre ha usado con sus queridos rebaños de Sonora y Cuadalajara, lo haga verdaderamente feliz en el tiempo y en la eternidad.

En la noche de la fiesta de San José, el día 19 de Marzo de 1888, se celebró el cincuentenario sacerdotal del Ilmo. Sr. Arzobispo Dr. D. Pedro Loza.

## SERMON

*Predicado en la Catedral de Cuadalajara el día 19 de Marzo de 1888, con motivo de la festividad de Señor San José y del cincuentenario sacerdotal del Ilmo. Sr. Arzobispo Dr. D. Pedro Loza.*

Et veritas mea, et misericordia mea cum ipso: et in nomine meo exaltabitur cornu ejus. Et posam in mari manum ejus, et in fluminibus dexteram ejus.

(PSALM. 88° vv. 25 et 26.)

Y mi verdad, y mi misericordia le acompañarán; y en mi Nombre será exaltado su poder. Y extenderé su mano sobre el mar, y su diestra sobre los rios.

El mundo católico, impelido por sagrado entusiasmo, se inclina reverente ante el trono de gloria que, en el templo de la verdadera grandeza, se ha levantado á un pobre artesano que hace diez y nueve siglos vivió en Nazaret. Cánticos de veneración, de amor y de alabanza resuenan ahora en las bóvedas santas para glorificarlo, y fervorosas plegarias se elevan de millares y millares de corazones, para obtener valiosa protección.—Es necesario, señores, estudiar este hecho, analizar sus causas, consignar su influencia en el mundo civilizado; porque el ilustre héroe que aparece circundado por el nimbo celestial de sublime apoteosis cristiana, no es algun célebre conquistador, ni adquirió los laureles homéricos, ni fué grande estadista, ni fundó escuela alguna filosófica; y, sin embargo, sus monumentos son más solemnes que los de los guerreros; y sus laureles, que son siempre reverdecidos por las brisas del cielo, más bellos y legítimos que los de los artistas; y su nombre más célebre que los de los sábios, y su gloria mucho más pura y elevada que todas las grandezas mundanales. ¡Ah! esto es sobrehumano, es una obra especial de Dios que contiene trascendentales enseñanzas!

Yo no puedo ahora haceros contemplar todo el magnífico cuadro del destino providencial de Señor San José, Padre Esti-

mativo y Legal de N. Señor Jesucristo, casto Esposo de la Santísima Virgen María. No tengo tiempo para examinar las grandes virtudes del *varon justo*; ni las prerogativas, ni el dulce carácter, ni la inocencia del *amigo íntimo* de los ángeles. No os abriré tampoco las puertas santas de la casa de Nazaret, para contemplar el tipo sublime del hogar cristiano. Intento solo presentar á vuestra vista las grandezas y las glorias de Señor San José como Patrono de la Iglesia: quiero examinar la acción solemne de ese *Patronato* en la época contemporánea, principalmente en sus relaciones con el Pontificado, y en sus relaciones especiales con esta Arquidiócesis y con el Ilustrísimo Prelado que la gobierna.

El último pensamiento que enuncié os indica el objeto particular de esta gran solemnidad. Celebramos el cincuentenario sacerdotal, las *Bodas de Oro* de nuestro muy amado Pastor, y ese acontecimiento en gran manera plausible, venimos á ofrecerlo á Señor San José, y venimos impelidos por los pensamientos más grandes y los más nobles sentimientos. Ah! es esta una fiesta de familia, embellecida y consagrada por la Religión! Aquí, en estos momentos solemnes, torrentes de santas ideas brotan en la inteligencia, afectos dulces, tan dulces como los recuerdos de la inocencia se apoderan del alma; y esas ideas y afectos son interpretados por los raudales de armonías que han llenado el recinto sagrado, y por el cuadro solemne de la liturgia, y por el santo júbilo que se revela en nuestros semblantes: todo esto, señores, es un himno de alabanza y de gloria á Señor San José, es un cántico de gratitud á la Providencia por el especial beneficio que nos ha otorgado.

Para haceros contemplar la grandeza, el poder y la gloria de Señor San José, como Patrono de la Iglesia, y para examinar la acción de ese valioso Patronato en esta Metrópoli, he escogido el pensamiento bíblico que me sirve de tema, aplicado al Santo Patriarca en la misa de este día. En ese gran pensamiento